

Leer a los lectores: La historia de la recepción como reflexión sobre el presente

MARÍA JIMENA SOLÉ

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS -
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)

En 1992 apareció el libro *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el Romanticismo hasta el Treinta* de Jorge E. Dotti, publicado por la editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.¹ Con prosa dinámica y citas generosas, Dotti muestra las variaciones que sufren las ideas kantianas en las sucesivas interpretaciones de intelectuales, políticos, científicos y filósofos rioplatenses, desde la primera mención de su nombre en el discurso inaugural del Salón Literario pronunciado por J. B. Alberdi en 1837 hasta la creación de la Sociedad Kantiana de Buenos Aires en 1930. No se trata de explicar a Kant ni de juzgar la validez o incorrección de las exégesis locales, sino de entender cómo fue leído, cómo fue valorado y “utilizado” –término al que Dotti recurre frecuentemente– a lo largo de un siglo en nuestro suelo. Para lograrlo, Dotti reconstruye en cada caso el contexto cultural en el que se enmarca y del que surge cada una de las interpretaciones que analiza, y que no sólo incluye las circunstancias sociales y políticas locales, sino que se extiende también –como es de esperar– al análisis de las fuentes sobre las que se apoyan esas lecturas, esto es, al análisis de los entretelones de la *Kantrezeption* en Francia y también, aunque en menor medida, en Italia.

Así planteada, esta investigación evidencia inmediatamente su carácter original, como señala en su presentación José Sazbón, quien era

¹ Dotti, Jorge Eugenio, *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el Romanticismo hasta el Treinta*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras – UBA, 1992.



JORGE DOTTI,
in memoriam

en ese entonces Director del Instituto de Filosofía de la FFyL de la UBA. Enmarcado en la disciplina de la Historia de las Ideas, dice Sazbón, Dotti logra una perspectiva innovadora gracias, precisamente, a la naturaleza de su investigación que combina dos *iluminaciones*: “la reconstrucción –sucesiva y razonada– de la tenacidad del campo intelectual en cada caso receptor y el mantenimiento en foco, durante un considerable período de tiempo, de la obra singular (no de una «corriente» o «escuela», sino de *un* autor) que, una y otra vez, muta su apariencia al incidir sobre aquél”.² El resultado es, así, doblemente excepcional. “No es habitual en nuestro medio”, continúa Sazbón, “la aleación del vigor interpretativo y el acopio historiográfico de fuentes a propósito de la fortuna de un pensador singular en un ambiente intelectual distinto del originario y, para el caso: Argentina”.³

Dotti se ocupa, en primer lugar, de mostrar en qué medida Kant es, en el programa cultural y político de los principales representantes de la Generación del 37, una “figura conceptual”, esto es, una fuente de sugerencias que no se asienta en un conocimiento detallado de la obra ni en un ejercicio filológico riguroso. “Kant” es para Alberdi, Quiroga de la Rosa y Avellaneda la referencia a un antecesor sobre el cual respaldar sus propios programas, que expresan la necesidad profunda de adoptar un sistema de referencias culturales y simbólicas alternativo al vigente –la escolástica y las ideas hispánicas ligadas al pasado vi-reinal que se quiere dejar atrás–. En su esfuerzo por generar un pensamiento autóctono a partir del cual construir nuestra nacionalidad, Kant es para ellos –gracias a las fuentes francesas sobre las que basan su lectura– un modelo a seguir, pues es considerado como el padre de la filosofía alemana, como el precursor de la conciencia histórica germana. Sin haberlo leído directamente, los románticos lo utilizan como un elemento de ruptura. En este sentido, señala Dotti específicamente acerca del caso de Alberdi, “lo que desde el punto de vista del conocimiento científico del texto kantiano podría ser descrito como un equívoco exegético, adquiere en cambio otro significado –*válido en sí mismo*– por la función sociopolítica que cumple”.⁴ Los románticos presentan a Kant como un antecesor de su propio proyecto: la construcción

² *Ibíd.*, p. 7.

³ *Ibíd.*, pp. 8-9.

⁴ *Ibíd.*, p. 38.

de una filosofía nacional. La situación argentina y su propio proyecto político funcionan como el factor regulativo de la lectura. El Kant de los románticos rioplatenses “vale como un modelo para la tarea histórica del presente argentino”.⁵

El segundo momento de la recepción kantiana coincide con el periodo de la modernización nacional que abarca las últimas décadas del siglo XIX y se extiende hasta 1910. La actividad filosófica en Argentina, confinada a ciertas instituciones educativas, se practicaba como una tarea complementaria a otras actividades, como la política o el derecho, que sí permitían ganarse la vida. Al igual que con los románticos, Kant cumple durante este periodo una función que no se cimenta en el estudio riguroso de su obra. Esa función, explica Dotti, consiste en “operar como punto de referencia ideológico de una tendencia política, la cual invoca una autoridad filosófica para incorporarla al propio discurso como «antecesor» prestigioso o para rechazarla como precedente equívoco”.⁶ Esta función se comprueba en los representantes de las dos tendencias que conviven en el escenario cultural argentino del momento: el espiritualismo –representado por los krausistas W. Escalante y C. López-Sánchez, y por figuras como el pedagogo C. Vergara– y el positivismo –cuyos principales exponentes son C. O. Bunge y J. Ingenieros–. Lo interesante es que, como muestra Dotti, la actitud hacia Kant que adoptan los protagonistas de ambas corrientes permite ver que más allá de las divergencias en los principios, el núcleo conceptual adoptado por ambos extremos es análogo. La creencia compartida en una legalidad absoluta que rige la evolución universal –sea de leyes espirituales o materiales– es el punto de partida desde el cual se valora la figura de Kant, que se combina en cada caso con las circunstancias sociales, profesionales y políticas de cada uno de los lectores.

El tercer momento de la recepción kantiana local examinado por Dotti coincide con el momento de democratización del sistema político argentino y la profesionalización de la filosofía, que se da durante las primeras décadas del siglo XX. Se trata de un momento dominado por la “reacción antipositivista”, en el que la discusión en torno a Kant adquiere gran relevancia en el proceso de configuración del campo intelectual en tanto que esfera autónoma respecto de otros ámbitos,

⁵ *Ibíd.*, p. 47.

⁶ *Ibíd.*, p. 61.



JORGE DOTTI,
in memoriam

como el político, el literario, el religioso. Con la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, Kant se transforma en objeto de exégesis más rigurosas y científicas gracias a profesores como Rivarola, Quesada o Dellepiane, quienes recurren a Kant para oponerse a algunos aspectos del positivismo, que consideran agotado. Alejandro Korn, por ejemplo, propone impulsar una nueva filosofía de orientación ética –y no científica– que, basada en el aspecto práctico del pensamiento kantiano, “ha de devolvernos la dignidad de nuestra personalidad consciente, libre y dueña de su destino. [...] Si queremos un mundo mejor, lo crearemos”.⁷ El kantismo de Korn, explica Dotti, se limita sin embargo a la adopción de cierta terminología y de ciertas ideas genéricas que no puede decirse que conformen un conjunto coherente. Sin embargo, esta sección de la investigación concluye con el análisis de la discusión en torno a Kant que se dio en el grupo de la revista *Inicial*, en la que participaron figuras como Caraffa, quien compara a Kant con Byron y exhorta a abandonar el dualismo ontológico para alcanzar un verdadero idealismo, y Cossio, quien invoca los principios kantianos para justificar el movimiento de democratización de la vida universitaria argentina –lo cual, señala Dotti, “da testimonio de la inserción inmediata de una lectura filosófica en una problemática política actual”–.⁸

Esta brevísima –y por supuesto simplificada– reseña del recorrido que Dotti realiza en el libro intenta poner en evidencia lo que considero el principal legado de esta obra excepcional.

Una investigación como esta, que aborda la recepción de la obra kantiana en nuestro país, implica un esfuerzo doble. Por un lado, el de definir exactamente su objeto; por el otro, el de encontrar una metodología apropiada. Dotti refiere de manera concisa y con pocas palabras a ambos asuntos en el prólogo. Objeto y teoría no pueden escindirse. Sería ingenuo, advierte, asumir el referente objetivo como una entidad neutra y acabada, independiente de las categorías teóricas que lo explican. La referencia objetiva de esta investigación son escritos “portadores de ideas y valores”, discursos que constituyen la intelección del conjunto de hechos “que llamamos «historia», tal como la construyeron sus enuncia-

⁷ *Ibíd.*, p. 173.

⁸ *Ibíd.*, p. 218.

dores”.⁹ Se trata de textos producidos por políticos e intelectuales que, al mismo tiempo que hacen referencia a Kant, piensan críticamente su propio presente y, al hacerlo, delinean sus contornos, lo fabrican, lo explican, le dan sentido. Es por eso que encarar una investigación que toma a estos textos como objeto implica no sólo indagar esos diferentes “proyectos de intelección/construcción de lo real”, sino también, simultáneamente, “interpretar/reconstruir desde nuestra contemporaneidad esa realidad histórica misma”.¹⁰

Así como los protagonistas de esta historia de la recepción del kantismo en Argentina construyeron, configuraron y transformaron su propio presente apelando al nombre de Kant, a ideas y conceptos kantianos, nosotros, lectores de esos lectores (de Kant), reconstruimos y configuramos esa realidad histórica desde nuestro contexto cultural, desde nuestro tiempo y desde nuestro suelo. Reflexionar acerca de la recepción de Kant en Argentina es reflexionar acerca de cómo narramos, cómo entendemos y cómo queremos presentar nuestra propia historia intelectual.

Pero además, Dotti muestra que el caso de la recepción del kantismo permite pensar el proceso de configuración del ámbito académico argentino. Y así como en los distintos protagonistas de esta historia se comprueba que las interpretaciones, valoraciones y referencias a Kant se entremezclan con preocupaciones y proyectos peculiares a cada uno –sociales, culturales, políticos, económicos–, encontramos en la conclusión del libro una referencia a lo que podríamos considerar la gran preocupación de Dotti –que es también la nuestra, la de los editores de esta revista–.

A partir de los años veinte, dice Dotti al final del libro, se produce una variación cualitativa en la recepción de Kant, expresada en el abordaje riguroso y la exégesis cuidadosa de las fuentes y los comentaristas. Esta especialización tiene efectos profundos:

Una tensión interna a la filosofía misma caracteriza en el futuro (hasta nuestros días) numerosos casos de dedicación plena a ella. Se trata de la dificultad para encontrar la mediación adecuada entre el ejercicio académico de la profesión, por un lado, y la interpretación auténticamente filosófica del *mundo* como lo humano circundante, por otro; esto es, la brecha no cerrada

⁹ *Ibíd.*, p. 18.

¹⁰ *Ibidem.*



entre la disciplina como tarea sometida a requisitos técnicos (imprescindible para neutralizar la improvisación y/o charlatanería) y como ensayo de comprensión/construcción discursiva de lo real en torno.¹¹

Esa tensión interna, esa brecha no cerrada que todavía hoy experimentamos es –me atrevo a arriesgar– la fuente del interés de Dotti por investigar la recepción de Kant en Argentina: entender cómo y por qué una figura como Kant pasa de ser utilizada por los intelectuales argentinos para decodificar y para incidir en la realidad política y cultural de nuestro país a ser la propiedad exclusiva de especialistas que, obligados por las pautas del rigor académico, ya no pueden volver con esos conceptos a la realidad en la que viven. El legado de *La letra gótica* reside, creo, en proponernos pensar la génesis de esa brecha, tomar conciencia de ella y problematizarla. Pero el legado de Jorge Dotti es no haberse resignado jamás a respetar su existencia y habernos mostrado con su ejemplo que es posible habitar, al mismo tiempo y con igual compromiso, el mundo riguroso de la academia y el mundo, quizás más confuso y siempre desconcertante, de la realidad política y cultural de la Argentina del presente.

¹¹ *Ibid.*, p. 224.